

Don Búhofucio

EVEREST LANDA/
BENJAMÍN GARCÍA

No se vayan.

Por los árboles del bosque Walden escurría la densa tarde y encima de estos suspiraban intermitentemente las primeras luces del insomnio.

Entonces, gran aspaviento armó un trío de toquidos contra la puerta de don Búhofucio, quien derramó el agua que ponía sobre la lumbre. Ignorando el charco abrió la puerta, asustado, curioso.

–Doña Hilaria, ¿qué ocurre?

–Me voy, don Búhofucio.

–¿A dónde con tanta premura, con tal tristeza?

–A una isla tropical. Y es que si no es ahora, no será...

–Pero... Bueno, que tenga buen viaje. ¿Cuándo vuelve?

–No lo sé.

–¿Cómo, se va por tiempo indefinido? ¿Con tan sólo una maleta? ¿Y sus cosas?

Doña Hilaria, con dos de sus ocho patas (que eran manos) se tapó la cara y lloró.

–Pase, amiga, por favor.

A la mesa, se sentó la arácnida envuelta en sollozos. Puso la valija sobre las piernas de hilo y la abrazó fuertemente con los brazos de chorrillo. El anfitrión ofreció el café que pretendía preparar antes de la llegada abrupta. Doña Hilaria aceptó. Luego de unos sorbos, relajada, habló entre pausas moquientas.

–¿Ya lo ve?, otra vez no me fui. Siempre me he querido ir. Mi sueño de niña era viajar, conocer los bosques alejados y los remotos, aquellos que tienen el suelo entero

como bañado de algodones líquidos. Y nunca he pasado de algún corto traslado vacacional.

–Doña Hilaria, no llore la derrota, que otros asaltos esperan su embate triunfador. Usted ha querido viajar pero no lo ha conseguido. Mas su alma anda de nube en nube, de sueño en sueño y de cuento en cuento; erigiendo puentes con las palabras, consolidando avenidas con la imaginación, que llegan a ciudades (muchas) mejores a las que no ha visitado.

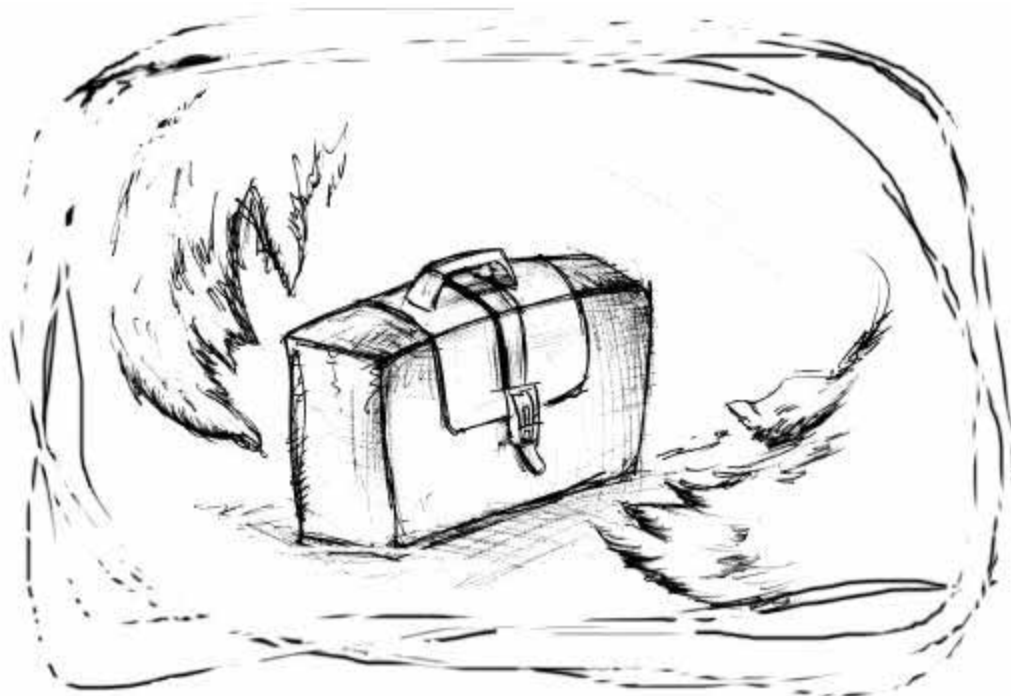
–Gracias, amigo. No es que no sea feliz aquí, pero creo que no hay que pecar de ignorancia, en cambio se deben mirar otros cielos, tejer tramas en otros climas, en latitudes que nos alteren el biorritmo y nos lleven a historias diferentes.

–Aun estando siempre aquí ¡qué cielos tan límpidos y amplios he visto en sus novelas, qué noches tan entrañables ha conseguido con sus manos tejedoras! No debiera envidiar nada a los errabundos, doña Hilaria.

–...Cada noche abro las ventanas de mi cuarto para escuchar los rumores que llegan desde lejos empujados por el viento. Como bandadas de aves llegan y luego se postran sobre mi cama voces que platican, graznidos de patos cantantes, algunas injurias de hienas hambrientas barridos gemiantes. Y con un trocito de voz que me alcance desde lontananza imagino lo demás, don Búhofucio.

–Al parecer, le da más vida el deseo de partir que el de escribir. Así se intrincan las razones y consecuencias de nuestros anhelos y actos, los sueños se nutren de la vigilia y ésta a su vez se colorea con los contundentes tonos del sueño. Muchos han de estar en la misma posición: estacionados, con la mirada lejana, prosperando, estirando los brazos, pretendiendo alcanzarse. Quizá así es mejor: caminando aquí, volando allá. Puede ser que cuando alcancen su vuelo no caminen más. Los queremos aquí, caminando con nosotros.

Bebieron el café. El búho concedió otra taza humeante a su sedosa amiga. La cual aceptó y perdió los ojos en algún rincón de la habitación, mientras era servida la bebida.



Mauel Díaz

–Deme la maleta, no se la voy a robar.

–Gracias, Búhofucio. En el ajetreo había olvidado su peso sobre mis piernas.

El plumífero apartó la petaca de las piernas de la araña, y aprovechó para dar un vistazo, que, dicho sea de paso, no pasó inadvertido por la arañuela. Sorprendido preguntó:

–¿La maleta está vacía?

–Sí. No tengo nada que llevarme. Si un día me fuera me llevaría la esperanza, el sosiego de estos luengos años. Mira lo flaca que estoy, las ansias de largarme me comen de a poco. ¿Te acuerdas cómo estaba cuando íbamos a la escuela, cuando los juegos juveniles? ¿O es que te has olvidado de esos suspiros, Búhofucio?

–De ninguna manera. Oye, si un día te vas, ¿yo cabría en tu maleta, Hilaria?

La tomó entre sus alas y la acarició lentamente. La patona cerró los ojos para sentir su propio corazón convulsivo. Esponjado nuestro ojón, suspiró otra vez como en el pasado. Apagó las luces de la morada, que se calentó con más calor que el del café que no terminaron.

¡VUELVAN!

La mañana, ansiosa, lanza sus albos epítetos de festividad sobre los habitantes del bosque Walden. Don Búhofucio ya tiene lista la pancita de cócoro y los caldos, muy apreciados entre sus convecinos, de hoja de maple. Hoja que es importada del Bosque Lejano, llamado el Bosque del Ensueño.

Aún no arriban los comensales cuando aparece Antenasio, la tenaz hormiga obrera y compañera de épicas étlicas del noble Búho.

–¡Búhofucio, dichosos los ojos que te miran y más lo fueran si hombre no, y mujer de caderas fueras!

–Antenasio querido. ¡Pasa! Yo invito las serpientes bien elásticas.

–Faltaba más, o mejor dicho, menos no esperaba de ti. Pero antes dime, ¿vas a la marcha?

–¿A cuál marcha, estimado compadre?

–Pero cómo Búhofucio, ¿no estás enterado de las movilizaciones en el Bosque del Ensueño y aquí en Walden para apoyar que nuestros hermanos puedan quedarse por allá y no nos los regresen.

-Enterado estoy, y en contra también, que los regresen.

-¿Te oigo bien amigo? ¿Que los regresen? ¿No ves cuán injusto es para ellos que han tenido que arrancarse de su humus para buscar en otro sembradío su cosecha?

-Por eso amigo, por eso digo que los regresen. Mira, yo sé que no andamos del todo bien, yo soy muy feliz con mi puesto dominguero, pues se ha convertido en mi tertulia privada, pero seamos sinceros, si no hubiera sido tan escaso mi ingreso, pues jamás habría puesto un puesto. Pero amigo mío, seamos valientes hasta el fondo, si nuestros árboles se han podrido, si nuestras hojas son macilentas y quebradizas; si por eso se van nuestros hermanos, ¡reconstruyamos el bosque! ¡Sembremos nuevos árboles! Yo admiro a quienes se van por esa sed de vida, a esos que renuncian a la patria porque sus camaradas no los comprenden, a los que llevan la marca del exilio desde su nacimiento. ¿Sabes?, algunos viajeros sólo dejan de serlo hasta que se hallan, se encuentran en una tierra extraña y encuentran sus raíces, ahí florecen, más de eso, a defender que nuestra gente se vaya casi casi, corrida, con un patadón en el trasero, o peor, con una palmada amistosa y benevolente, eso amigo Antenasio, me parece imposible.

-Búhofucio amigo, no lo niego, razón te asiste; pero, a ver, si tú no hallas respuesta, mejor aún, chamba, dinero para llevar la comida a la casa, pues ves cómo solucionar tu problema y ni modo, mano, anarquistas o no, obreros o no, vamos a perseguir el dinero de nuestra manutención.

-La misma razón te asiste Antenasio, pero una vez que nos damos cuenta de hasta donde ha llegado el problema, no es permisible la impasibilidad, y mucho menos defender la existencia del problema. Yo haría una marcha para que los regresen, imagínate, una gran manta que diga: ¡VUELVAN! Y la haría en nuestro bosque, y no sólo hablándole al gobierno, sino hablándole a los

nuestros. Lo que pasa es que hemos perdido el sentido de colectividad. Si mi hermano está en problemas, debo ayudarlo, pero nos hemos convertido en un bosque cuyos ojos ven hacia fuera, ¿quién vela por nosotros y quién defenderá a quienes no nos hemos marchado? ¿Quién creará un bosque para verlos regresar felices y permitir que sólo permanezcan allá o dónde sea quienes así lo deseen pero no lo hagan por verse obligados?

-Amigo Búhofucio, me llenas de consternación, francamente no logro discernir si estoy de acuerdo contigo o con los otros. Es cierto, deberían irse sólo quienes así lo hayan deseado, más, ¿hemos de permitir la agresión en su contra, la vejación, la persecución?

-Sí amigo, exijamos buen trato, igual que lo debemos nosotros a quienes viajan del Bosque de Amala, de Fonduras, del Redentor y muchos más amigo mío, no sólo en el Bosque Lejano se cuecen las habas, mejor aún, dediquémonos a abolir las fronteras, pero que todo ello no signifique aceptar nuestra incapacidad para sustentar la casa, y mucho menos admisible que seamos nosotros quienes encabecen la defensa de nuestras debilidades. Cierto que no vamos a resolver nuestros problemas en una hora, ¿pero vamos a esperar toda la vida?

-¿Y qué hacemos amigo mío?

-Pues volver a las andadas, ¿recuerdas los buenos tiempos? Creemos redes de solidaridad con los trabajadores, los estudiantes, los vagabundos y sobre todo con los soñadores. Creemos empresas que emprendan la vida y no la muerte, que impulsen el desarrollo de Walden a partir del desarrollo del individuo, de nuestros habitantes.

-Amigo mío, voy a la marcha y llevaré un cartel que diga: ¡Vuelvan! Pero ven tu connigo y vamos a discutir tus propuestas.

El sol de Walden parecía sonreír al momento que los dos amigos se lanzaron a la búsqueda de la fraternidad universal. ■